

Crónica del último Mundial
Por Nahomi Berenice Silva Flores

Nunca pensé que el olor a pasto mojado pudiera doler. Pero aquella mañana en el Estadio Azteca, mientras los equipos salían al campo y los cantos se confundían con el eco del himno, sentí que algo en mí se quebraba. El Mundial 2026 comenzaba, y yo, que había cubierto seis antes, sabía que sería el último. A mi alrededor, los jóvenes reporteros grababan historias para redes, editaban en segundos, hablaban de algoritmos que predecían resultados. Yo solo observaba. Llevaba más de cuarenta años persiguiendo pelotas por el mundo, escribiendo sobre héroes que ya nadie recuerda. Me temblaban las manos, pero no de nervios, sino de nostalgia. Recordé España 1982, cuando todavía era un aprendiz con una libreta y una pluma prestada. Maradona tenía 21 años y parecía que el fútbol le pertenecía. En el estadio Sevilla aprendí que el fútbol era una forma de rezar, una religión sin templos. Después vino México 1986; vi a mi país soñar, vi a la gente llorar en los cafés, a los niños patear botellas en las calles llenas de polvo. Aún guardo en la mente el gol de Diego a los ingleses, el silencio después, y la certeza de que lo imposible podía existir por unos segundos. En 1944, en Estados Unidos descubrí la distancia. El fútbol se había vuelto espectáculo, negocio, mercancía. Pero igual lloré con Baggio, con su mirada perdida después del penal. En 2002 me encontré en Japón con una cultura que vivía el fútbol como una ceremonia. En 2010, en Sudáfrica, entendí que el balón también podía unir historias rotas. Y en 2014... ahí fue cuando todo cambió. Mi hijo Diego tenía entonces dieciséis años. Llevaba mi nombre y mi pasión, pero en los pies. Era delantero. Decía que algún día yo narraría su debut mundialista. "Tu escribe- me decía riendo-, que yo pongo los goles". No llegó. Un accidente de carretera lo detuvo antes del primer silbatazo. Y desde entonces, cada mundial fue una herida abierta. Seguí viajando, escribiendo, fingiendo. Pero siempre lo veía... en los jóvenes que corrían, en los abrazos que se daban los que ganaban y los que perdían. Y lo veía en cada niño que con la playera bien puesta y los ojos en el cielo, soñaban con algún día, ser parte de este sueño. Por eso, cuando supe que el Mundial volvería a casa, sentí miedo. No sabía si podría soportarlo. El 2026 trajo estadios nuevos, drones sobrevolando el cielo, pantallas gigantes que contaban historias ajenas.

Pero también trajo algo más... una calma, una reconciliación. Las luces nuevas del estadio me cegaron un instante. Todo brillaba, los anuncios, los uniformes, los rostros jóvenes de los reporteros que me rodeaban. Ninguno de ellos había nacido cuando Maradona bailó sobre los ingleses en el 86. Yo sí. Estaba ahí, en el mismo estadio, con una libreta y una fe que entonces creía indestructible. Mientras los jugadores calentaban, mi mente saltó de Mundial en Mundial como quién hojea un álbum de estampas: Francia 1998, donde lloré bajo la lluvia viendo a Zidane levantar la copa; Sudáfrica 2010, cuando el sonido de las vuvuzelas parecía llenar el mundo de esperanza; Brasil 2014, el año en que comprendí que ya no tenía la misma fuerza para correr detrás de las historias. Pero fue en Rusia 2018 donde todo cambió. Ahí mi hijo, Diego, me acompañó por primera vez. Tenía catorce años, una cámara al cuello y una sonrisa que me recordaba a la mía cuando empecé. El silbatazo inicial me devolvió al presente. El estadio rugió como una bestia antigua. Miré al cielo, azul y enorme, y por un segundo juré ver la sombra de Diego entre las gradas, con su pasión por el juego, su intensidad por ganar y sus sueños que rebasaban todo lo que algún día pude imaginar. Empecé a escribir. No una nota para el periódico, sino una cara que no saldría de mi corazón: "Querido hijo: este Mundial no lo cubro para ganar premios, fama, o algún reconocimiento, ni aún para cerrar mi carrera. Lo hago para entender por qué el fútbol nos une incluso cuando la vida nos separa. Hoy, mientras los jugadores corren detrás del balón, siento que también corres tú, ligero, eterno." Las palabras fluían como si alguien más las dictara. Cuando terminé, el marcador mostraba un empate, pero eso ya no importaba. Guardé la libreta, me quedé en silencio. Afuera, los fanáticos gritaban con esa euforia que solo existe cada cuatro años. Pensé en todos los Mundiales que había vivido, en los goles que cambiaron países, en las lágrimas que limpiaron derrotas, en las manos que se alzaron al cielo pidiendo justicia o gloria. El fútbol, comprendía, no es solo un juego, sino que es la forma en que la humanidad se permite recordar. Cuando la noche cayó sobre el Azteca, apagué mi grabadora. Caminé despacio hacia la salida. En el túnel, el eco de los cantos se mezcló con un murmullo leve, casi un suspiro: "Papá, ya lo contaste todo." Sonreí. Y por primera vez en años, no sentí tristeza. Solo gratitud. El Mundial seguía, como sigue la vida, con la pelota rodando, con los recuerdos latiendo, con los ausentes jugando desde el cielo y

los presentes soñando con anhelo. Afuera del estadio, la ciudad vibraba. Los niños jugaban en las calles con camisetas que les quedaban grandes y sueños aún más enormes. Escuché sus risas mezcladas con los ecos del partido y entendí que el fútbol sobrevivirá a todos nosotros. No importa quién levante la copa, siempre habrá un balón rodando en algún rincón del mundo, un padre gritando un gol con su hijo, o un periodista intentando atrapar la eternidad en una frase. Al pasar frente a una pantalla gigante, vi a miles de personas abrazarse por un gol de México. Rostros desconocidos, pero con la misma emoción. En ese instante comprendí que el fútbol no se escribe solo con pies o con palabras, sino con la memoria de quien los viven. Y yo había sido un testigo privilegiado de eso. Esa noche regresé al hotel y dejé la libreta sobre la mesa. Afuera, la ciudad no dormía. Pensé en Diego, en cómo el balón siempre vuelve a girar sin importar cuántas veces caiga. Me prometí seguir escribiendo, aunque ya no para los periódicos, sino para él, para mí, para la historia. Porque quizás el fútbol no consuela, pero acompaña. Y en ese acompañar, uno encuentra algo parecido a la esperanza. Esa noche soñé con un estadio sin gradas ni fronteras, donde jugaban los que ya no están. Diego llevaba el número 9 y sonreía. No había árbitros ni cámaras, solo un cielo inmenso y un balón que nunca dejaba de rodar. Me desperté con lágrimas, pero también con una paz que nunca había conocido. Tal vez ese sea el verdadero triunfo, aprender a soltar sin olvidar. Al amanecer, abrí la ventana y escuché el bullicio de la ciudad. Las calles estaban llenas de camisetas verdes, de risas, de vida. Pensé que México siempre había sabido convertir la nostalgia en celebración. Tal vez por eso el fútbol nos duele tanto, porque nos recuerda que seguimos aquí, aunque el tiempo insista en arrebatarlos a los que amamos. Encendí la radio. Una voz joven narraba los goles de la jornada. Cerré los ojos y por un instante sentí que era la mía, solo que en otro cuerpo, en otro tiempo. Sonreí: las historias no terminan, sólo tienen un cambio en su narrador. Guardé la libreta en mi maleta y supe muy dentro de mí que no volvería al estadio. Ya había contado todo lo que podía contar. Pero mientras el mundo siga girando y una pelota rebote en algún patio, mi voz, mi hijo y mi memoria seguirán ahí, en cada pase, en cada grito, en cada silencio después del gol. A veces pienso que el periodismo y el fútbol tienen algo en común, ambos viven del instante. Una jugada, una palabra, y todo puede cambiar. Tal vez por eso me aferré tanto a

esta profesión, porque en cada crónica sentía que podría atrapar un pedacito de tiempo antes de que se desvaneciera. Ahora sé que no se trata de detenerlo, sino de aprender a mirarlo pasar sin miedo. En el fondo, el fútbol, siempre fue una excusa para hablar de la vida. De la derrota, del amor, de los sueños que no se cumplen, pero igual nos sostienen. Escribir sobre el Mundial fue mi manera de entender el alma humana, de buscar respuestas en rostros sudados de los jugadores y en las lágrimas de los aficionados que aman sin medida. Quizás algún día alguien encuentre mis cuadernos, llenos de nombres olvidados. Tal vez no entienda mis frases o silencios, pero si al leerlos siente algo, aunque sea un leve temblor en el pecho, sabré que todo valió la pena. Porque lo único que sobrevive al paso del tiempo no son los goles, sino las emociones que los acompañan. Apagué la luz, Desde la ventana, una cancha lejana brillaba bajo los reflectores. Escuché el eco de un silbatazo y el murmullo lejano de una multitud imaginaria. Cerré los ojos, y por última vez, antes de dormir, murmuré una crónica que no necesitaba escribir: "El fútbol continúa, y yo también, aunque sea desde el recuerdo".

FIN